

UNIVERSIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN

Lección magistral

Ceremonia de Ascenso en Rango

La paz como respuesta a la guerra a través de la historia

Prof. Nelson Hernández Román

viernes, 16 de mayo de 2003

Sería una perogrullada comenzar esta presentación afirmando que vivimos unos momentos de preocupante tensión mundial. Esto mismo se pudo haber dicho en cada una de las diez décadas o de los veinte lustros del pasado siglo XX. Pero en los comienzos de lo que para el mundo occidental es un nuevo decenio, un nuevo siglo y un nuevo milenio, los acontecimientos de los primeros años de lo que se presagiaba como una esperanzadora nueva era, definitivamente no resultan en noticias que nos hagan pensar en un mundo liberado del temido espectro de la guerra. Se calcula que en las guerras, revoluciones y conflictos de la pasada centuria murieron más de 150 millones de personas. Con el agravante aspecto que a medida que pasaba el tiempo las armas se tornaban más destructivas. Desde el desarrollo de las bombas atómicas y termonucleares vivimos con el temor de una conflagración mundial de efectos apocalípticos. Basta pensar que en el pináculo de la Guerra Fría había más de 70 mil armas nucleares en todos los arsenales.

La caída del llamado bloque soviético, contrario a lo que pensaban algunos, no se tradujo en una época exenta de guerras, odios y de actos propios de los más fervientes adoradores de la violencia. En efecto, en los años de la década de 1990 diversos conflictos evidenciaron que estábamos lejos de un período edénico. La Guerra del Golfo de 1991, la de la ex

Yugoeslavia y las matanzas en Ruanda y Burundi nos mostraban que el futuro distaba de ser paradisíaco. Y los primeros años de la nueva década se han encargado de confirmar el más temido de los presagios, a saber, que tienen muchos devotos, que le hacen libaciones y sahumerios, las terribles divinidades de la guerra.

Después de todo, hasta hace unas pocas décadas se privilegiaban los temas militares en textos y manuales. La cronología de episodios bélicos, de grandes conquistadores, de guerreros y revolucionarios violentos se exaltaban en las páginas de lo que se le enseñaba a la población escolar. No obstante, muchas veces quedaban asordinadas, silenciadas, desapercibidas o invisibilizadas aquellas personas que de una forma u otra llevaban un mensaje distinto. Estas personalidades que clamaban contra la guerra, en diferentes momentos en la historia eran sacadas del anonimato, pero selectiva y limitadamente, de acuerdo a las circunstancias del momento.

A mi juicio, dado el tiempo que vivimos, es menester plantearnos firme y decididamente la relectura de grandes textos, y las iniciativas de célebres figuras que advirtieron de los errores, los desastres y los peligros de las empresas bélicas. En otras palabras, a lo largo de la historia de la humanidad han aparecido notables seres humanos y memorables escritos que han planteado el amor y la paz como verdaderas opciones a las contiendas

destructivas. A lo largo del devenir histórico son muchas las acciones de este tipo, y considero pertinente rescatar del complaciente olvido y reconsiderar en nuestras vidas académicas edificantes mensajes a la concordia y a la armonía. Mi presentación es un sucinto relato que persigue ese objetivo, pero, en lo absoluto, aborda todo el gran espectro de un tema tan amplio. De esta forma, pues, pido excusas por los errores de omisión en esta ponencia. Sin embargo, señalo con mucha humildad, que los ejemplos que presento son representativos de distintos momentos históricos.

Si nos remontamos a la Antigüedad tenemos el caso de la cautivante historia de Grecia. Una de cuyas etapas históricas es llamada clásica por el desarrollo y esplendor que experimentó su cultura. Al mismo tiempo ocurrieron varias dolorosísimas guerras, como lo fueron las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso. Gracias a Dios que en el caso griego los nombres de filósofos y dramaturgos son a todas luces más conocidos que los de generales y combatientes de ese tiempo. En efecto, autores de comedias y tragedias plantearon puntos en contra de conflictos armados, de gobernantes despóticos y a favor de las víctimas de las guerras.

Uno de esos casos es la figura del gran comediógrafo griego Aristófanes. En plena guerra entre los propios griegos, contienda que se le conoce como la Guerra del Peloponeso, ocurrió una costosa epidemia que

azotó la ciudad de Atenas, producto esta plaga de un asfixiante asedio. Tanto los soldados como los civiles fueron víctimas del endémico flagelo, donde incluso el propio gobernante ateniense falleció. Aristófanes, pronunciándose contra este enfrentamiento escribió una obra en el siglo V a.C., titulada **La paz**. En esta comedia el personaje, que es un campesino, desea visitar a los dioses olímpicos con el fin de conseguir la paz. Sin embargo, no encuentra a las divinidades, pero finalmente logra liberar a Irene (la paz, en griego), y se casa con otra cautiva quien representaba los frutos de la tierra, como queriéndonos advertir Aristófanes hace veinticinco siglos, sobre el valor de la paz, de la tierra, de sus nutritivos frutos y del derecho al alimento, sobre la destrucción propia de la fratricida guerra helénica.

De igual forma, este comediógrafo escribió la obra **Lisístrata**, comedia más conocida que la anterior y que se ha convertido en una de las más comentadas en décadas recientes. Denunciando igualmente la guerra entre las ciudades de Esparta y Atenas, las mujeres de ambas urbes griegas, colmadas de la contienda, y lideradas por Lisístrata, declararon negarle a sus maridos todo trato conyugal. Este proceder de las mujeres obliga a los hombres de ambas ciudades griegas a ponerse de acuerdo para detener la guerra. Esta comedia se presentó en muchos países en meses pasados ante el

conflicto con Irak. Pues nunca mueren, como Aristófanes, quienes nos invitan a un mundo de más cordura y sensatez.

Por otro lado, en la Roma de la Antigüedad sobresalen, comprensiblemente, las conquistas, la extensión del imperio, los gobernantes y los generales victoriosos. Pero de igual forma hubo en Roma dramáticos llamados a la paz y a la comprensión. En este caso, son buenos ejemplos los escritores cristianos de los primeros siglos de nuestra era. En efecto, son muchos los textos del cristianismo primitivo que alaban los principios de la confraternización y el entendimiento entre los seres humanos. A mi mejor entender, por conocidísima que sea, la Primera epístola de San Pablo a los corintios es de un valor que trasciende el tiempo. Ese canto al amor muy bien lo podemos llevar al deseado estado de la paz humana. San Pablo nos llama a la benignidad, a alegrarse con la justicia, a la tolerancia y a la verdad. Destaca el amor como el más importante de todos los carismas y, evidentemente, como piedra angular de la nueva comunidad que se levantaba dentro de las fronteras del imperio más poderoso de su tiempo. La prepotencia gubernamental romana no tardaría en manifestarse contra la emergente nueva religión. En parte, el desarrollo del cristianismo hay que encontrarlo en la fe de quienes padecieron el martirio y que apertrechados con el amor que se manifestaban prevalecieron sobre las persecuciones por

unos 250 años. Hacia los siglos IV y V de nuestra era el imperio romano llegaba a sus postreros días y despuntaba una nueva etapa.

Durante la Edad Media presenciamos una de las épocas históricas donde muchas guerras tenían por algún lado motivaciones religiosas. Las luchas entre pueblos, culturas, grupos sociales, gobernantes, entre otras, muestran una etapa en la historia donde el miedo, la inseguridad y el recelo posibilitaron el desarrollo del discurso de la peligrosidad. Aprensión que se veía en los herejes, las brujas, los grupos minoritarios, los invasores y, claro está, en los llamados infieles, sarracenos o musulmanes. Son muy conocidas las acciones militares que se emprendieron contra el Oriente Medio, que fueron conocidas como las Cruzadas y que se prolongaron por varios siglos. Estas iniciativas quedaron grabadas en el mundo islámico a tal grado que aún hoy se invoca ese nombre en la zona árabe cuando algún país occidental representa una amenaza bélica en cualquiera de esas naciones. Es más, en el tema de la Cruzadas, los seres humanos que se invocan de un lado u otro usualmente son guerreros, gobernantes o dirigentes religiosos que preconizaron la guerra. Pero en ese mismo período histórico una noble persona dio un ejemplo altruista y bienintencionado de lo que es la paz y el amor. Ese personaje no necesariamente nos dejó un tratado sobre la paz entre los Estados como tal, sino que su propia acción es su ejemplo a la

posteridad. Evidentemente, me refiero a San Francisco de Asís quien fundamentalmente desempeñó su apostolado a comienzos del siglo XIII. La tradición nos ha presentado al santo de Asís a través de sus escritos piadosos, de su sensibilidad hacia la naturaleza y en la imitación del propio Cristo. Pero en un momento dado preocupado por una acción militar en Egipto de parte de los cristianos realizó un viaje de paz, cuando la visión islámica era que nada pacífico llegaría a sus regiones procedentes de Europa. Sin embargo, este dulce monje logró incluso una audiencia con el gobernante de Egipto. En otras palabras, se le recibió, se le escuchó y se le trató con deferencia, aunque no logró su cometido. Pero el mero hecho de que dadas las circunstancias de aquel tiempo, San Francisco tomara una iniciativa de tal riesgo, y que regresara sano y salvo, es un ejemplo digno de emular en todo tiempo. La iconografía tradicional sobre San Francisco de Asís lo presenta en situaciones de serenidad en diferentes episodios de su vida. Pero una de las pocas veces donde se aprecia cierta violencia es cuando se presenta una supuesta prueba a la que fue sometido cuando viajó al Oriente Medio. Hay una versión que dice que no se le creyó que era cristiano por no llevar armas ni ser violento, de ahí que fuera considerado un faquir oriental, y se le pusiera a caminar sobre el fuego. Otra versión sostiene que fue por voluntad propia. De todas formas, la imagen nos da a entender lo que

se pensaba en Europa sobre la población árabe, que los musulmanes eran belicosos y desalmados. A fin de cuentas las escenas que conservamos de San Francisco con el lobo son menos violentas y peligrosas que las del encuentro con el sultán musulmán. Meditando sobre este noble intento de San Francisco, es que apreciamos la sinceridad de la oración que se le atribuye y donde nos exhorta a ser instrumentos de paz, a poner amor donde haya odio y perdón donde haya ofensa. Y concluye que debemos poner estos principios de paz y amor al servicio siempre de los demás. Entiéndase bien, hemos quedado, pues, debidamente emplazados.

En los tiempos modernos tampoco han faltado amigos y amigas de la cordura y la sensatez, cuando los momentos que se vivían mostraban el terrible rostro de la muerte y la destrucción. La violenta conquista del Nuevo Mundo, las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII, las acciones contra las personas consideradas peligrosas en ese entonces, vale decir, las brujas y los pensadores científicos, son algunas muestras de la intolerancia vivida en el pasado. Valiosas personas fueron víctimas de prejuicios y fobias embrutecedoras, que hoy el tiempo ha reivindicado para bien de la humanidad y del que hay que aprender para que nos ayude a una mejor comprensión del mundo en que vivimos.

Así llegamos al siglo XVIII, el de Siglo de las Luces o también conocido como de la Ilustración, donde se plantearon las ennoblecedoras ideas de la tolerancia religiosa, la flexibilidad del gobierno e incluso el de la soberanía popular. Por otro lado, fue al propio tiempo el siglo de muchas guerras donde acontecieron terribles acciones deshumanizantes en Europa. Pero el acontecimiento dieciochesco que más ha influenciado la posteridad ha sido sin duda alguna la Revolución Francesa de 1789. Su impacto alcanzó a todo el continente europeo. En poco tiempo parte de Europa estuvo en guerra y la situación de Francia provocó una interesante serie de publicaciones sobre la sucesos que ocurrían. Fue en esos años que apareció un escrito que no debemos pasar por alto. Salió de las manos del ilustre filósofo alemán Inmanuel Kant.

Este celebrado pensador es, por varias razones, un curioso caso en la historia del pensamiento. El metódico Inmanuel Kant nunca salió de su querida ciudad de Koenigsberg en la entonces Prusia Oriental. Si bien nació prusiano, dada la fama de la tradición militar de Prusia, estamos en presencia del ideal opuesto al culto a las armas.

En el año de 1795 Kant publicó un pequeño tratado titulado **Sobre la paz perpetua**. A grosso modo el pensamiento kantiano se dirige hacia la unión o la alianza de los pueblos a base de un estado de derecho. El fin es la

paz o como bien señala el afable pensador el de una comunidad pacífica perpetua de todos los pueblos de la tierra. Kant elucubraba sobre un derecho de carácter internacional que regulara las relaciones entre las naciones, claro está, en este caso pensaba en leyes universales como era propio en la época. Proponía una especie de federación de pueblos, sin menoscabo de la soberanía de cada Estado, lo que conduciría a la paz. Sin embargo, aun reconociendo lo difícil de tan acariciado objetivo, en el lenguaje kantiano es un deber abogar por ese ideal. Algunas de las cosas de las que disfruta actualmente Europa quizás están en estado embrionario en este escrito a favor de la paz. La gloria militar prusiana es cosa del pasado, pero Kant sigue vivo y se estudia en filosofía, en ciencia y como precursor de organismos internacionales.

Pero la historia posterior sería de más guerras y conflictos. En el siglo XIX prosiguieron las devastadoras contiendas entre las naciones, que cada vez más eran a todas luces peores. Una de las guerras más impactante de ese tiempo fue la conocida Guerra de Crimea ocurrida a mediados del siglo XIX. Como sabemos, Crimea está ubicada al sur de Rusia y la guerra fue entre Turquía, Francia e Inglaterra, contra el país de los cosacos, es decir, Rusia. Para que se tenga una idea del ángulo penoso de la lucha, las hostilidades sólo duraron tres años pero murieron alrededor de un millón de

personas, tanto por las batallas como por las enfermedades. Fue una guerra, por ende, que cobró un alto costo humano. No obstante, sin pretender sonar cínico, cosas buenas resultaron de tan desastrosa lucha. En primer lugar, nació la Cruz Roja Internacional; en segundo lugar, sobresalió la abnegada figura de Florence Nightingale, quien hizo una titánica labor al punto que se le considera la creadora de la enfermería moderna; en tercer lugar, se dio el caso del primer corresponsal de guerra y, finalmente, se denunciaron por la literatura los estragos de la guerra.

Tal es el caso del escritor ruso León Tolstoi, quien escribió **Los relatos de Sebastopol** o **El sitio de Sebastopol**. En ellos narraba las vicisitudes experimentadas por la población; las mismas fueron tan dramáticas que se cuenta que le arrancaron lágrimas a la misma esposa del zar. Describió los horrores de la contienda y repudió la incapacidad militar. León Tolstoi fue más tarde uno de los pensadores que más abogó por la paz y se le reputa en la historia como uno de los grandes pensadores pacifistas. En síntesis, particularmente en sus últimos escritos denunció los males, las contradicciones, las injusticias de las instituciones de la Rusia de los últimos años del zarismo y evidentemente rechazó el desamor. Se deshizo de sus bienes y abogó por la reconciliación, la paz, el perdón y la espiritualidad,

tanto en sus escritos como en su propia vida. Tolstoi nos dice “no hay más que una manera de ser feliz: vivir para los demás”.

Antes de entrar al siglo XX, es ineludible, es necesario y es obligado mencionar a una de las personas que más ayudó a preconizar y a trabajar por la paz. Esta pacifista fue Bertha von Suttner. Nacida en Praga, parte entonces del imperio austrohúngaro, esta gran pacifista quedó huérfana de padre, pero su madre se encargó de brindarle una esmerada educación. Viuda de su primer matrimonio, se casó por segunda vez, en contra de ambas familias. Trabajó como secretaria de Alfred Nobel en París y más tarde se trasladó con su esposo al Cáucaso, donde impartió clases de idiomas y poco después comenzó a escribir. Entre sus publicaciones sobresalió la novela titulada **!Abajo las armas!**, publicada en 1889. La novela alcanzó una gran popularidad. Más bien la obra es una denuncia de los horrores de todos los conflictos bélicos y, en particular, los que experimentaron Austria y Alemania a fines del siglo XIX. Bertha von Suttner organizó y participó muy activamente en conferencias y congresos a favor de la paz, en una de las cuales fue miembro permanente, al grado que fue la primera mujer en obtener el premio Nobel de la Paz en 1905. De hecho sus acciones contribuyeron al establecimiento de tan prestigioso galardón. En pleno período del auge del imperialismo europeo, de las guerras que sacudían a

Europa, de los amenazantes sistemas de alianzas y de la febril carrera por armarse, la baronesa von Suttner fue una de las grandes voces que tronó contra el absurdo e insensato culto al armamentismo. Tal vez temiendo que ello conduciría a una dolorosa pesadilla. Esta noble mujer ha sido reconocida en estampillas, monedas y monumentos en Europa. Empero, lo irónico es que esta incondicional defensora de la paz murió en junio de 1914, y en ese mismo mes y año comenzaba la Primera Guerra Mundial.

El siglo XX ha presenciado más guerra y destrucción que cualquier otro capítulo de la historia humana. Guerras de todo tipo, revoluciones, dictaduras, genocidios, son sólo parte de una larga lista de acontecimientos de una cultura de la muerte. Pero igual que en el pasado la recién finalizada centuria ha visto unos, mejor dicho, muchos seres humanos de excepcional valor y que fueron luchadores por la paz. Una de esas figuras fue Albert Einstein. Por su enorme legado a la ciencia, fue para muchas personas el personaje más relevante del siglo XX. En mi limitado parecer, a pesar de su sugerencia de una guerra preventiva contra los nazis en los años treinta y de la citadísima carta al presidente Franklin Delano Roosevelt, fue un genuino pacifista. Einstein abogaba por abolir las guerras y las posibilidades de las mismas. Hay que luchar, afirmaba, contra el origen del mal, con mayor esfuerzo que sobre sus efectos. Al mismo tiempo defendía los organismos

internacionales que representaban todas las naciones y que velaban por la observancia de tratados y acuerdos. Cuando Europa se sumergió en la vorágine de la Guerra de 1914, se pronunció en contra de la misma, postura que le valió rechazo y desprecio en su país natal, Alemania. Es más, luego de la segunda guerra mundial, Albert Einstein defendió que una comisión internacional vigilara el uso de la energía atómica, al tiempo de que su empleo fuera para fines pacíficos. Lo que le valió algunas críticas en los Estados Unidos. Historiadores de la ciencia, biógrafos suyos y divulgadores científicos están de acuerdo de que era verdadero amigo de la paz. Y como señaló el propio creador de la teorías de la relatividad general y especial en un elocuente artículo “la contemplación de este mundo nos llama como una liberación”. La liberación, a mi juicio, de los temores, la angustia y la infelicidad que nos causan la intolerancia, la ignorancia y la guerra con su secuela de muerte. Einstein falleció a mediados de la década de 1950 en plena era de la llamada Guerra Fría.

Como bien sabemos, el período denominado de la Guerra Fría va más o menos de 1945 a 1991, décadas donde hubo episodios muy difíciles que pudieron conducir al mundo a contiendas hasta de carácter mundial. Conocemos que hubo situaciones extraordinariamente delicadas que pusieron en serio peligro a los dos bloques en los que se dividía la mayor

parte del mundo. Pero el que más cercano tuvo de una guerra directa entre los Estados Unidos y la ex Unión Soviética fue la crisis de los misiles en Cuba de octubre de 1962. Robert Kennedy, escribió sobre esa crisis en su pequeño relato titulado **Trece días** y reconoció que se “colocó al mundo al borde de la destrucción nuclear y del fin de la Humanidad”. Por su parte, Nikita Krushev en su libro **Kruschef recuerda** declara que esa situación puso “al mundo al borde mismo de la guerra atómica”. Pero no solamente en las cancillerías de las superpotencias se reaccionó al episodio. En el Vaticano causó una gran impresión la posibilidad de que la vida humana pudiera haber perecido o de que se repitiera una crisis similar. Para entonces el Papa era el admirado Juan XXIII, quien había sido elegido a esa posición en 1958. En su quinquenio como jerarca supremo del catolicismo había introducido reformas y tomado unas iniciativas que lo convirtieron en un queridísimo prelado. A raíz de los sucesos sensibles por la crisis de los misiles, el Papa Juan XXIII trabajó en la redacción de una encíclica que fue presentada en abril de 1963, hace cuarenta años, y que lleva por título **Paz en la Tierra**.

Esta encíclica se destaca, en primer lugar, porque, además de los jerarcas religiosos a los que va dirigida, como era la costumbre, también alude a “todos los hombres de buena voluntad”. El llamado Papa bueno

destaca la importancia del bien común, de la verdad y la justicia. Muestra su preocupación por la carrera de armamentos y por que dan la impresión las potencias que la paz se garantiza por el miedo al poderío que poseen. Juan XXIII proponía el desarme gradual, la proscripción de armas nucleares y que es más viable que las relaciones entre los pueblos se regulen por “la recta razón”. Este documento papal fue de gran impacto entonces, pues muchas figuras de renombre lo elogiaron. En síntesis, para el noble pontífice la paz es la aspiración de los seres humanos “en todos los tiempos”. Sería aconsejable, de alguna manera, conmemorar este documento a los cuarenta años de su publicación.

Pero no bastan las buenas intenciones. Desde entonces se han dado tristes capítulos en la historia de la humanidad que son de todas las personas presentes conocidos. Episodios muy dolorosos por sus asoladores efectos, a modo de ejemplo, la Guerra de Vietnam, la intervención soviética en Afganistán, el gobierno de Pol Pot en Camboya y los repudiables casos de limpieza étnica, son claras señales de los peligros que acechan. Aparentemente, la adoración a la muerte o tanatolatría avanza con su guadaña mortífera.

Ahora bien, de los muchos asuntos que estamos obligados a atender, sin temor a equivocarme, se encuentra la búsqueda urgente y necesaria de

una solución negociada y justa para todas las partes del llamado conflicto palestino-israelí. Esa es la espada de Dámocles que amenazantemente tenemos sobre nuestras cabezas. No deseo dar la impresión de ser un pesimista empedernido, pero hasta que no haya un reconocimiento mutuo, de garantizarse la existencia de cada pueblo a la integridad territorial, veo muy difícil que esa parte del mundo no siga representando el peligro más sensitivo a la paz mundial. Roguemos y exijamos que se reanude con justicia y mucha buena voluntad el diálogo esperanzador y fructífero de quienes a fin de cuentas se consideran descendientes del mismo antepasado.

Quizás pecho de simple e ingenuo, pero tengo fe de que en la medida que eduquemos en la paz y en la justicia, y que en nuestras experiencias con nuestro alumnado le ayudemos a entender la realidad mundial, el conocimiento irá haciendo su trabajo de abrirle ese camino a la sensatez, a la cordura, al entendimiento y al reconocimiento de que la paz va de la mano con la buena convivencia. Buena convivencia que se logra en la tolerancia hacia quienes tienen una cosmovisión distinta y en rescatar la memoria de quienes de muy buena fe, como los casos presentados en esta mañana, y tantos otros que no pude mencionar pero que son igualmente dignificantes, nos enseñaron con sus ideas y sus acciones que la paz y el amor son indiscutiblemente superiores al odio, a la violencia y a la guerra. Sembrar y

cultivar esa semilla en nuestro estudiantado, dará fruto en forma exponencial. Esta es nuestra tarea y nuestro objetivo, ser forjadores de paz.

Muchas gracias.